

## ¿SE ACERCA LA DISTENSIÓN A SU FIN?

### 1. LA CRÍTICA A LA DISTENSIÓN EN ESTADOS UNIDOS

El último tiempo se ha intensificado en Estados Unidos la crítica a la distensión. Gran número de políticos, investigadores, y periodistas de renombre señalan que el provecho de esta política lo obtiene únicamente la Unión Soviética. Esta anuló el tratado comercial con Estados Unidos, gracias al cual se esperaba cambiar la política soviética respecto a asuntos migratorios. Tampoco promovió en forma seria la liberalización general en su país, como se comprometiera en la Conferencia de Helsinki, en agosto de 1975. Su posición durante la guerra en Medio Oriente, en octubre de 1973, condenando al sionismo en la Asamblea de las Naciones Unidas del 10 de noviembre de 1975 y en el Consejo de Seguridad, durante las discusiones sobre los medios para la consecución de la paz en el Medio Oriente, en enero de 1976, pone en relieve las interrogantes sobre su disposición a incluir esta zona dentro de los marcos de la distensión, siendo que, de no hacerlo, perderá no poca significación. La Unión Soviética presionó asimismo a los países árabes a que mantuviesen el embargo del petróleo y a que elevasen su precio con objeto de agravar las dificultades económicas de Estados Unidos y la de sus aliados en Europa y Japón; además, estimuló a los comunistas en Portugal a tomar el poder por la fuerza, intervino en Angola por intermedio de Cuba; no dudó en criticar a los partidos comunistas en Francia y especialmente en Italia, por preferir la participación constructiva en el poder a la lucha sangrienta para la destrucción de las estructuras existentes en sus países, y antes que nada, tuvo que ver con la anulación de los tratados de Vietnam y el triunfo de los comunistas en todo el sudeste asiático y con la ocupación de Libano, por medio de los sirios. Naturalmente, todo esto no concuerda con los principios que fueron formulados en la Reunión Cumbre en Moscú, en mayo de 1972, durante la visita de Brezhnev en Estados Unidos en 1973, en la Conferencia de Vladivostok

en 1974 y en otras ocasiones, cuando cada una de las potencias se comprometió a no tratar de conseguir ventajas a costa de la otra, a evitar conflictos, especialmente aquellos que pudieran provocar un enfrentamiento entre ellas, y a encaminar las pláticas sobre la limitación armamentista. Por lo tanto, si consideramos las dificultades que la Unión Soviética crea en el proceso de las pláticas sobre la restricción de la carrera estratégica por un lado, y por el otro las ventajas que ella consigue con su acceso a la tecnología y a los depósitos de víveres de Occidente —ventajas que le permiten el incremento de su fuerza militar y la presencia de su armada en el Mar Mediterráneo y el Océano Indico y otros lugares—, queda claro por qué no podrá el Gobierno americano dejar de tomar en cuenta las críticas anteriormente mencionadas y por qué van en aumento los ataques, principalmente contra el doctor Kissinger, quien es considerado por muchos como el arquitecto de la distensión. Tales ataques se dan también por parte de israelíes y simpatizantes de Israel en Estados Unidos, quienes piensan que a raíz de la política de «paso por paso» están recibiendo los árabes de vuelta territorios sin ninguna compensación política, ni siquiera alguna declaración sobre el propósito de llegar a un compromiso y de tratar de encaminarse hacia la paz. A esto se agrega el apoyo árabe, cada vez mayor, a los palestinos, quienes aspiran todavía a la liquidación del Estado de Israel —tales propósitos no evitaron que sus representantes obtuvieran el derecho de palabra, no sólo en la Asamblea, sino también en el Consejo de Seguridad, ya que en esta ocasión Estados Unidos no impuso su veto—. Con todo esto, es claro que entre los que critican a la distensión no sólo se cuentan los simpatizantes de Israel, sino también otros amplios círculos, y de la misma forma no cabe lugar a dudas de que el inicio de la transición de la «Guerra Fría» a la coexistencia pacífica y posteriormente a la *détente*, no dependió de Nixon, ni de Kissinger, y desde luego tampoco de Ford. La transición comenzó a vislumbrarse ya en los días de J. F. Kennedy y se hizo más patente en los días de L. B. Johnson. Las diferencias son más de estilo que de contenido y la tendencia dominante durante casi diez años ha sido de autorrefrenamiento, de limitación de las funciones y las obligaciones de Estados Unidos en el mundo (*retrenchment*), con hincapié en el interés nacional para prevenir enfrentamientos<sup>1</sup>. Cabe mencionar

<sup>1</sup> H. BRANDON: *The Retreat of American Power: Nixon's and Kissinger's Foreign Policy—and its Effects*, Londres, 1973, p. 360. Brandon continúa en la línea de los argumentos de Osgood (R. E. Osgood, ed. *Retreat from Empire*. J. Hopkins Press, 1973) y otros investigadores y comentaristas, quienes enfatizaron —a partir de la época de Johnson— las tendencias a retroceder en la política exterior americana de posiciones de fuerza a la coexistencia.

que Jackson, Ribicoff, Javits y dirigentes importantes en la comunidad judía americana, nunca pusieron en duda esta política. Al contrario, repetidas veces declararon que ésta es preferible a la «Guerra Fría».

En los «encuentros de Dartmouth» americano-soviéticos de 1973, llevados a cabo en Tbilisi, con la participación de D. Rockefeller, el embajador C. Yost, el Prof. T. Malone y otros, entre los cuales se encontraban entusiastas seguidores de Jackson, se recalcó que la política de la *détente* seguía en pie y lo seguirá siendo estando también después de Nixon, y que ella expresa el sentir del Gobierno, de la mayoría del Congreso y del pueblo americano.

En un encuentro en 1972, lo mismo fue dicho por tres senadores, G. Brademan, F. Frelinghouston y M. Odeal, quienes se cuentan entre los fieles amigos y allegados a Jackson —el tenaz luchador por el derecho de emigrar de los judíos de la Unión Soviética y amigo abiertamente declarado de Israel—, aunque demandando a su vez la libertad de emigración para aquellos judíos soviéticos que deseen emigrar a Israel<sup>2</sup>. Basta recordar cuán inútiles fueron todos los esfuerzos de la comunidad judía americana —cuando muchos de sus representantes se encontraban entre los ministros, consejeros y comandantes de Roosevelt— para lograr el bombardeo del campo de concentración y los caminos hacia él, e impedir la aniquilación de los judíos restantes, para comprender que no se debe exagerar el peso del voto judío en Estados Unidos. La voz judía tampoco fue la que decidió la retirada de los Estados Unidos del plan de «Trusteeship» fideicomiso para Palestina, ni la que aceptó la partición que consecuentemente trajo la fundación del Estado de Israel, como también le fue imposible impedir la colaboración entre Eisenhower y Bulganin en la campaña del Sinaí y anteriormente el levantamiento del embargo de armas a Israel, decisiones que fueron tomadas sin tomar en cuenta la posición del judaísmo americano. Asimismo debiera recordarse que, de los judíos en los Estados Unidos, no son muchos los que se inclinan hacia los puntos de vista israelíes, y dan prioridad a los intereses nacionales y globales de su país.

Las muestras de enojo de ciertos «halcones» israelíes contra Kissinger, especialmente las de aquellos que niegan el derecho de los palestinos a su autodefinición y a la creación de su estado al lado de Israel, no tiene siquiera el apoyo de la derecha extrema americana.

Kissinger nunca dejó de criticar a los extremistas, fueran de dere-

<sup>2</sup> N. COUSINS: «From Hanover to Tbilisi», *World Saturday Review*, 15 de junio de 1974.

cha o de izquierda. Mucho tiempo antes de llegar a su actual posición, dijo que tanto unos como los otros adolecen de irresponsabilidad, especialmente en asuntos de la política exterior, de la guerra y la paz. Veía en los extremistas de izquierda, aun cuando reaccionaban ante algún fenómeno negativo, una fuerza capaz de actuar, no en dirección hacia el mejoramiento del estado de cosas, sino al contrario, agravándolo. En los extremistas de derecha, Kissinger veía una fuerza no menos peligrosa, alejados de aquella realidad que se empeñan en defender. Lo sucedido en Chipre fortaleció tales ideas. Kissinger reconoció que su error fue el no haber previsto el desarrollo hacia una guerra y el no haber podido evitarla. De sus declaraciones es evidente que el peligro que implica la toma del poder por elementos extremistas en cualquiera de los países involucrados en el conflicto del Medio Oriente, lo impulsa a buscar acuerdos, aun cuando éstos sean poco firmes. Lo atacan porque sólo obtuvo esta clase de acuerdos en los diferentes focos de conflicto, pero quienes le apoyan creen que una tregua enfria los ánimos, debilita las tendencias extremistas y fortifica los factores racionales. Sin embargo, la crítica contra Kissinger va en aumento, y en vista de la posición actual que sostiene en la política americana, conviene considerar sus puntos de vista, cuando se la quiere valorizar.

## 2. ¿CARRERISMO, OPORTUNISMO O PRINCIPIOS?

Kissinger, después de finalizar sus estudios secundarios, estudió contabilidad en una escuela nocturna en Nueva York, y trabajó en una fábrica de brochas de afeitar. En 1943 se enroló en el ejército como intérprete y maestro, y cuando terminó la Segunda Guerra Mundial buscó un empleo que le asegurase la posibilidad de ayudar a su familia. A su carrera académica llegó por casualidad, gracias a la ayuda que se daba a los liberados del ejército. Así llegó a Harvard, donde estudió Ciencias Políticas, aunque lo que le atraía era la investigación histórica. Bajo la influencia de su maestro, el profesor Elliot, quien concedía gran importancia a la historia de las relaciones internacionales y era asimismo anticomunista, eligió Kissinger un tema y un método de investigación para su doctorado que redujeron sus posibilidades de recibir un puesto académico en la Universidad; sus compañeros, los historiadores, decían que era politólogo, y los científicos políticos lo acusaban de ser un historiador; todos los miembros del cuerpo docente con tendencias de izquierda le veían como conserva-

dor; cuyo trabajo no contribuía al conocimiento científico, sino que buscaba ser comprensible e interesante para los estadistas. Sin embargo, Kissinger recibió el título de profesor en Ciencias Políticas en 1959. El profesor Graubard, quien escribió la primera biografía sobre él<sup>3</sup>, excediéndose en sus elogios, escribió que Kissinger aspiraba a afianzar sus conocimientos, en especial los histórico-políticos, y luego verificar sus conclusiones críticas sobre la política americana, exponiendo éstas a sus alumnos, amigos y políticos, especialmente en los seminarios de la universidad, que le ayudaron a conectarse con personajes importantes en los Estados Unidos y en el exterior. Se convirtió entonces en consejero de estadistas, primeramente de Nelson Rockefeller, gobernador del estado de Nueva York y hoy día vicepresidente de Estados Unidos, y muchos de sus colegas, quienes no rechazaban esta clase de trabajo, explicaron esto último como resultado de las ansias de un científico fracasado por triunfar en la política. Tal aspiración es legítima y, en efecto, quien lee lo que escribió Kissinger concluye que éste quería unir la teoría con la práctica, tratar de dar a la práctica estatal sus principios, y esto aún a pesar del enfrentamiento con aquellos que sostienen ideas diferentes a las suyas.

Se pueden conocer estos principios aún desde su doctorado<sup>4</sup>, el cual trata sobre el último periodo de las guerras revolucionarias francesas, el establecimiento de la paz después del triunfo sobre Napoleón, y la consolidación de relaciones internacionales estables con ayuda de una política de *moderación* y de *balance de fuerzas*. Una de las hipótesis de su investigación, que aparece en todas sus demás publicaciones, y que no presenta ninguna novedad en realidad, es que la historia castiga a la gente extremista, aun cuando ésta satisface plenamente sus aspiraciones, y asimismo que está llena de conflictos entre el gobierno revolucionario opuesto a la estabilidad, y el gobierno que aspira a conservar la estabilidad, que es legítimo, aun si no es justo, ya que está basado en conversaciones y acuerdos que tienen como fin la consecución de objetivos aceptados por vías que la política internacional considera legítimas. La seguridad absoluta que piden para sí gobiernos revolucionarios significa, según Kissinger, la inseguridad para otros y la parálisis de toda diplomacia que tenga como función principal la limitación de las partes y atenuar la creencia de cada una de ellas en la justicia de su posición.

<sup>3</sup> S. R. GRAUBARD: *Kissinger: Portrait of a Mind*, N. Y., 1973.

<sup>4</sup> A WORLD RESTORED: *Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace, 1812-1822*, Boston, 1957.

Un año más tarde tradujo Kissinger esta proposición en su libro sobre las armas nucleares <sup>5</sup>, en el cual critica violentamente la política de J. F. Dulles, basada en la fuerza y la represalia masiva como medio para frenar la expansión soviética. Los esfuerzos de Dulles por aumentar esta fuerza llevaron a la Unión Soviética a desarrollar una fuerza similar, hasta que se llegó a un balance en este terreno, e igualmente promovieron un cambio en la evaluación de las armas nucleares. La creciente tendencia de considerar este balance como medio de prevención, para evitar la confrontación y para la defensa, se basó no poco en las proposiciones de Kissinger, de que se debe mantener la seguridad americana sin amenazar la seguridad de la parte contraria. Ya en los días de Kennedy hacía énfasis la política americana en el desarrollo de las armas nucleares tácticas y de las fuerzas convencionales, así como en la consideración de los conflictos locales en el mundo, no sólo como parte de una estrategia comunista mundial; asimismo, intentaba comprender las muestras de desunión en el mundo comunista, con la conclusión de que se puede intentar llegar a una seguridad internacional por nuevos caminos. Fue, sin embargo, Kissinger quien sostuvo que también en la época del átomo cabe lugar la comparación con acontecimientos del pasado, y que se pueden limitar las tensiones peligrosas, si es que no se las puede eliminar del todo, lo cual aprendió de los estadistas gracias a los cuales hubo una prolongada época de estabilidad, posterior a los años de violencia napoleónica, y esto por medio de las conversaciones.

Cierto es que Kissinger consideró mucho tiempo al comunismo como una fuerza homogénea, a la Unión Soviética como factor peligroso para la estabilidad, y a todos los conflictos locales en el mundo como resultado de sus posiciones estratégicas. Sin embargo, cambió sus ideas a este respecto, y no por inestabilidad o por oportunismo, o por tratar de coordinar su posición con la de sus superiores, quienes optaban por los medios verbales cuando se encontraban en problemas, por la presión de la opinión pública. Fue ésta la conclusión a que llegó a consecuencia de los cambios ocurridos en Moscú y Pákin, del conflicto entre éstos y las conflagraciones dentro del bloque soviético. Kissinger permaneció fiel a la idea de que no se debe renunciar a la fuerza y que hay que mantenerla siempre; pero a su vez entendió que su existencia debe quedar en el marco de un balance de fuerzas, como factor de seguridad destinado a apoyar las conversaciones, cuya meta es la

---

<sup>5</sup> H. A. KISSINGER: *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Garden City, 1958.

estabilidad y no la amenaza. En este sentido es un realista. Las teorías de H. Morgenthau y G. Kennan le ayudaron a cristalizar su teoría, según la cual no se puede defender el interés nacional y dirigir una política internacional adecuada sin conservar el balance de fuerzas; y esto, a la vez que los comentaristas de sus maestros veían en la fuerza el medio por el cual se puede rendir al enemigo, y aún despreciaron a este enemigo por un sentimiento de superioridad en este aspecto, como sucedió con muchos de los consejeros de Kennedy y Johnson. Por eso es de suponerse que no fue por razones de prestigio—el consejero de Kennedy, McBundy, fue su decano en el pasado y no le fue muy amistoso, y muchos de los consejeros de Johnson lo menospreciaron—, sino por diferencias de opinión, que le fue impedido a Kissinger acercarse a la Casa Blanca en los días de éstos presidentes. Kissinger es más prudente que sus antecesores; teme a cualquier amenaza en la era atómica y su teoría sobre el balance de fuerzas no concordaba con la de quienes sostenían la política del «Can do» y el «Shoot from the hip», que eran numerosos entre los consejeros de Kennedy y de Johnson. Igualmente criticó la burocracia en el Ministerio del Exterior. Este último, en su opinión, puede ser útil solamente si está compuesto por elementos no rutinarios, capaces de aceptar innovaciones con todos los riesgos implicados en ellas.

La hora de Kissinger llegó en 1968. Nixon, que conocía bien sus ideas, lo invitó a conversar, ya que quería salir del estancamiento en Vietnam y establecer las relaciones americanas con la Unión Soviética y con China Comunista, y realizar los objetivos de cambio iniciados por sus antecesores, objetivos que no pudieron ser llevados a efecto por la dedicación a otros problemas, por el conservatismo y por la rutina y falta de dinámica del Ministerio del Exterior. Kissinger nunca negó haber recibido ideas, cargos, autoridad y estímulo de Nixon, quien lo había despreciado en el pasado y luego lo apoyó exaltadamente, y cuyas posiciones llevaron un camino similar: del anti-comunismo extremo, a la aspiración de la coexistencia. Fue entonces cuando se le dio la oportunidad de examinar y aplicar sus principios en el mundo real y cambiante. A su entender, la Unión Soviética y China dejaron de ser factores interesados en la inestabilidad, y en su lugar surgieron otros factores tendientes a la inestabilidad, que se desarrollaron en otros focos conflictivos.

## 3. VIETNAM

La rápida ascensión del maestro y consejero de políticos de segunda fila a los cargos de consejero del presidente, secretario ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional y, finalmente, secretario de Estado, no incrementó el número de sus simpatizantes. Efectivamente, la crítica contra su política se debía no sólo a envidia, sino principalmente al resultado de los acuerdos que logró conseguir en Vietnam. El doctor Landau<sup>6</sup> sostiene no sólo que no hay innovación en la actividad de Kissinger y que ésta carece de bases; él trata incluso de demostrar—a partir de un análisis de la intervención en Cambodia—que su ex maestro alejó la paz en vez de acercarla, aunque quien lee el libro de Landau sin tener una opinión de antemano al respecto, llega a la conclusión—y justamente por sus argumentos—de que Kissinger estuvo en lo cierto. La intervención de Estados Unidos en el sudeste asiático, que tuvo lugar después de la caída de Francia en esta parte del mundo, fue un grave error desde su inicio. Esta trajo como consecuencia el apoyo a un gobierno corrupto, y en vez de ayudar a la oposición, dio lugar a aquellos que posteriormente violarían incluso el tratado del compromiso que logró formular Kissinger. La decisión de salir de ese frente con honor fue acertada, pero no tomó en cuenta el daño que hacía a la confianza que tenían depositados los demás aliados en Estados Unidos.

T. Schulz (*Foreign Policy*), K. H. Jensen (*Die Zeit*) y los israelíes que sostienen que Kissinger los vende para congraciarse con los árabes y asegurar el petróleo, lo pintan como una nueva versión, y más repugnante aún, de Maquiavelo; como aquel que hizo todo lo posible por salvar a su primer señor Nixon, a fin de asegurar su cargo y que desarrolló una diplomacia inútil, carente de principios, a veces por medio de engaños y a sabiendas de que no hay forma de resolverlos. Muchos de ellos piensan que Kissinger dirigió todos sus pasos imitando a Disraeli, quien aparentemente no sólo hizo todo lo que pudo por liberarse de su origen judío y por ser aceptado en el seno de la nobleza inglesa, sino también por glorificar al Imperio Británico. Ambos—se dice—confiaban únicamente en sí mismos y se empeñaban en hacer todo con sus propias manos; no contaban con ningún amigo (fuera de sus esposas), ni con el apoyo de muchas clases sociales<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> D. LANDAU: *Kissinger: The Uses of Power*, Londres, 1974.

<sup>7</sup> Véanse los extractos del ensayo de G. Hiles, como fueron publicados en el diario *Maariv*, de Israel, 14 de septiembre de 1975.

Parece ser que la verdad es, por lo menos, un poco diferente. Al tiempo que Disraeli se convirtió en su niñez y por decisión de su padre, Kissinger conservó oficialmente su judaísmo e inclusive declaró más de una vez que no prestará jamás su ayuda al resurgimiento del peligro ante el cual se encontró el pueblo judío en los días de Hitler. En su lucha por conseguir la paz en el Medio Oriente, que es sólo parte de su lucha por evitar un enfrentamiento con la Unión Soviética—enfrentamiento que encierra el peligro de una catástrofe mundial—, demanda Kissinger de Israel concesiones que una gran mayoría de los israelíes estaría dispuesta a aceptar si a cambio de ellas se obtuviera una paz verdadera. Seguridad y estabilidad en las relaciones internacionales, y no aumento del área de dominio americano, son sus objetivos. Es, por ello, que su política—que propiamente no fue establecida por Kissinger, sino sólo tomó de él su aspecto intelectual y, casi seguramente seguirá vigente después que el actual Secretario de Estado salga del escenario político—cuenta con el entendimiento de muchas clases sociales del pueblo americano, independientemente de la relación al tema israelí y de las orientaciones políticas y posición social que tengan tales clases.

Contrariamente a la opinión de sus críticos, Kissinger no se volvió intelectual antiintelectual, como tampoco superpatriota antinacional, sino el portavoz de aquellos que creen en la posibilidad de evitar un suicidio nuclear universal y además de ello mantener la fuerza y la influencia de Occidente y su tradición democrática también bajo las nuevas condiciones en el fórum internacional, que son completamente diferentes a las que predominaban en los días del encumbramiento del Imperio Británico, cuando la democracia se convirtió en minoría en el mundo, y su posición de lo más inestable. Sin embargo, no hay que olvidar el hecho de que no basta ser un diplomático brillante y estricto para asegurar la realización de esta esperanza, sino que es necesario también actuar en gran variedad de terrenos y no sólo en el de las dos superpotencias, especialmente cuando el mundo está compuesto por incontables países soberanos cuya debilidad económica y militar no les impide la libertad de acción, y les impulsa a veces a dar pasos, ante los cuales los grandes permanecen impotentes, ya que no pueden hacer uso de su fuerza y desde luego tampoco de su fuerza nuclear. Claro está que este hecho va relacionado menos con la diplomacia de Kissinger que con la dialéctica del régimen americano y de la historia contemporánea.

La salida de Cambodia y de Vietnam, que fue correcta, a diferencia del abandono de los curdos y los angoleños, fue un duro golpe a la credibilidad en Estados Unidos, pero especialmente en el último caso, en que las instrucciones fueron dadas por el Congreso. El derrocamiento del gobierno de Chile fue llevado a cabo bajo presión de la rutina en las actividades que introdujeron a los Servicios de Inteligencia Americanos por varias generaciones, los cuales despreciaron siempre los valores morales, y no tuvieron dificultad alguna en recibir el estímulo de sus superiores. En Africa y Asia llegó el armamento a manos de gobernantes corruptos y dictadores, quienes lo utilizaron para imponer su voluntad y no aceptaron negociar para dar fin a los diferentes conflictos e impulsar la estabilidad y la democracia en sus zonas. Se tiende a ver todo esto—lo cual decepcionó tanto a los aliados americanos en Europa como a Japón— como expresión del «Kissingerismo»<sup>8</sup>. Ciertamente es que los resultados arriba mencionados van ligados al hecho de que Kissinger se concentró principalmente en los problemas de la distensión con la Unión Soviética, pero no se puede olvidar igualmente la relación de esos resultados a los procesos que tienen lugar en el Tercer Mundo, y aún no existe la respuesta a la cuestión de cómo sobreponerse a los procesos negativos de entre todos ellos. Tales resultados están relacionados asimismo con el abismo entre su valoración por parte de la Administración y por parte del Congreso Americano, y en la gran fuerza que aún poseen las tendencias aislacionistas en el pueblo americano, las cuales aumentaron especialmente a raíz de la guerra de Vietnam, así como la tendencia de Europa occidental y de Japón a reconciliarse a toda costa con los productores del petróleo, a preferir intereses económicos y estabilidad alrededor suyo, sin importar lo que sucede en el resto del mundo y sin tratar de intervenir más enérgicamente para aliviar los problemas que agobian a las clases pobres del mundo, las cuales sufren de hambre y otros males, siendo que éstos no sólo crean el anticolonialismo, sino también el antioccidentalismo, y se vuelven contra el hombre blanco, principalmente en Estados Unidos y Europa Occidental, y son explotados por la Unión Soviética, aunque no fueron resultado de su política.

La impotencia del Kissingerismo radica, por lo tanto, en la total ineffectividad de la política occidental, la cual se debe a las dificultades que surgen en el camino hacia la consolidación de una mayor unidad y la movilización para la resolución de problemas globales, y de

<sup>8</sup> Cfr. Y. L. GIRDING: «Kissingerism»: *The Enduring Problems*, International Affairs, julio de 1975.

bido a la preferencia de actitudes interesadas, no realistas, por sobre la *réal politik*, que no deja de estar ligada a valores necesarios también para su bien y para el bienestar de todo el mundo.

De Gaulle arriesgó su prestigio cuando salió de Argelia, así como también sus antecesores, mientras salían de Indochina, de Túnez y Marruecos y de las colonias en Africa, no debido a consideraciones que seguían la corriente inevitable de la descolonización y los nuevos intereses de todo occidente en el Tercer Mundo y en el mundo en general, sino debido al interés nacional francés, y ello probó valer la pena. Sin embargo, los caminos que eligieron no llevaron a la cooperación, a la ayuda seria y al desarrollo, o al crecimiento de élites gobernantes que estuvieran ligadas entre sí en sus principios y en su política. Lo mismo sucedió en Estados Unidos, cuando salió de Cambodia y de Vietnam; cuando en vez de dar su apoyo para un cambio serio en Cuba, ayudó a un régimen odiado; cuando en vez de cooperar a favor de las reformas en Chile, volvió a la política saboteadora en América Latina de principios de siglo. La pregunta es, sin embargo, si estaba en manos de Kissinger el cambiar esta política. ¿Podría él haber tenido mayor éxito que Mendes-France en Francia? ¿Es que no va esto relacionado a estructuras tradicionales de la política occidental, de la época de su florecimiento durante el siglo pasado, y de las cuales no es tan sencillo liberarse, aun cuando uno de los principales diplomáticos que actúan en su seno dio grandes pasos hacia su transformación y justamente a través del estudio de las experiencias pasadas? ¿Es que se trata aquí del Kissingerismo o de la continuación de una línea a la que se dio su nombre, desde luego no del todo injustificadamente, pero que expresa más Nixonismo, el cual se alimentó del imperialismo británico, francés y alemán del siglo XIX, sin obtener las conclusiones críticas y realistas de Kissinger sobre la diplomacia de sus principales representantes?

Los críticos de Kissinger se desentienden de las diferencias entre él y Disraeli; no saben, o no quieren saber, que su camino no fue sencillo, que cuando llegó a la cúspide de sus éxitos, antes de la visita de Nixon en el Medio Oriente, amenazó con renunciar si su nombre no quedaba limpio de sospechas, relacionadas al caso Watergate; ellos olvidan cómo amenazó a la Unión Soviética durante la Guerra de Yom Kippur y cómo amenazó también a los árabes sobre la cuestión del petróleo, que no era tan grave para Estados Unidos, pero sí lo era para sus aliados europeos y Japón. Kissinger decidió defenderlos para formar un frente, necesario para el balance de fuerzas y, naturalmen-

te, no perdió de vista la influencia de este factor sobre la galopante inflación y la crisis económica en el Occidente en general.

Una caricatura poco cómica de la crítica a Kissinger fue dibujada por el humorista Art Buchwald, cuyo humor no es comprendido por la mayoría de las personas, que ven al mundo en general y al Medio Oriente en particular como víctima del engaño de Kissinger, cuyo fin es el de transferir las acciones de los Estados Unidos, las de Israel, y quizás aún las de China, a los soviéticos y a los árabes. No se puede negar que existe apoyo, en cierta medida, a Kissinger por parte de la Unión Soviética; pero éste se puede encontrar aún en el caso de su peor enemigo —China— y también en el Tercer Mundo, que se vio afectado por el alza de precios del petróleo y, naturalmente, en los Estados Unidos, en Europa occidental y en varios sectores en Israel y Egipto. Nos atreveríamos a afirmar que la gente que piensa que Kissinger y sus colaboradores nos conducen a nuevas guerras son una minoría, y la mayoría prefiere la línea que él representa, en lugar de la «Guerra Fría» y las confrontaciones locales. Si se dijo también que la distensión no es otra cosa que una guerra fría de nuevo estilo y que todos sus peligros persisten (T. Draper en «Commentary»)<sup>9</sup>, debemos no obstante distinguir las diferencias y las posibilidades que lleva consigo este nuevo estilo, y ver la simplicidad de los críticos de la política de Kissinger, y la de aquellos que le acusan de «traición» a la cuestión de la paz en el sudeste asiático, en el Medio Oriente o en Angola, simplicidad que molesta a veces.

Schulz y otros sostienen que el acuerdo de Vietnam fue formulado según los intereses de Nixon en 1972, año de las elecciones y, por lo tanto, se concentró en la retirada del máximo posible de fuerzas americanas de Vietnam, así como de la liberación de prisioneros americanos. Kissinger propuso entonces a Moscú que Hanoi renunciara a su ataque, preparado contra el Sur, y retirara las fuerzas que entraron después del 30 de marzo, pero que dejase en el lugar a sus cien mil soldados, los cuales ya se encontraban allí desde antes. A cambio de esto, se retirarían los americanos. Moscú aceptó la oferta y obligó a Hanoi a aceptarla, en la suposición de que el ejército del Norte que quedara en el lugar conquistaría Saigón después de la salida americana. Kissinger no reveló a Moscú, que los americanos minaron las costas norvietnamitas, y que estaban por usar sus bombarderos para demostrar lealtad a sus aliados en Vietnam del Sur. Estos pasos se dieron el 8 de mayo de 1972 y con la ayuda de este ataque

<sup>9</sup> Según el artículo reimpresso en *Maariv*, 30 de enero de 1976.

demandó Kissinger la liberación de todos los prisioneros de guerra americanos como condición para suspender los bombardeos, con un nuevo compromiso: Estados Unidos aceptaría el establecimiento de un gobierno de transición en el Sur, con la participación del Vietcong. Podgorni personalmente viajó a Hanoi y las negociaciones fueron completadas. Al mismo tiempo, Kissinger se dirigió a Pekín y persuadió a Chou En-lai que no era razonable de parte de Hanoi pretender la consecución de todas sus metas de una vez, y que sería más conveniente hacerlo paso a paso; que los americanos le otorgarían ayuda para reconstruir el país y que «el inevitable desarrollo histórico» traería de todas formas la unificación de Vietnam, bajo un gobierno progresista.

Conviene señalar que en las conversaciones con los chinos y los vietnamitas demostró el conservador Kissinger, discípulo de Metternich, Bismarck y Churchill, que algo aprendió también de Karl Marx. No sólo señaló las «leyes del desarrollo histórico», sino también que las revoluciones triunfan únicamente cuando las condiciones son adecuadas para la liberación de la sociedad del régimen anterior y su sustitución por otro. Así como hiciera Marx en la *Crítica del programa de Gotha*, recalcó Kissinger en sus conversaciones, que el avance es progresivo y que hay que efectuarlo por la ejecución, el cambio y la anulación (dialéctica) de la realidad presente (confío en que los marxólogos no me descarten por haber relacionado la teoría de Marx con la política engañosa de Kissinger).

Como fuera, logró persuadir a los chinos y a los vietnamitas, y éstos ayudaron a los americanos a salir de Vietnam con honor. Kissinger terminó las negociaciones de paz con su colega vietnamita en París, McGovern fue derrotado en las elecciones de los Estados Unidos, y Nixon permaneció un tiempo más en la presidencia, pero la guerra de Vietnam concluyó con la victoria de los norvietnamitas, prevista de todas formas, debido a la corrupción de los sudvietnamitas, así como a su ineffectividad en todos los aspectos, gubernamentales, económicos y militares. No tenía caso, desde el punto de vista del interés nacional americano y del de Occidente en general, el continuar esta guerra. A propósito, no hay ninguna seguridad de que el Vietnam unificado se convierta en satélite de Moscú o de China, y tal vez hasta continúe con sus maniobras entre estos dos gigantes, sin esconder por ello su interés en la cooperación americana para la satisfacción de sus necesidades, y posiblemente no sólo las de rehabilitación.

El Instituto de Investigaciones de la Paz en Oslo censuró el hecho de que se otorgara el Premio Nobel de la Paz a Kissinger, por el tra-

tado que logró en Vietnam. El profesor K. Boulding, uno de los investigadores de la paz más importantes en el mundo y miembro de la presidencia de la Asociación Internacional de Investigaciones de la Paz, al que este Instituto está afiliado, dijo que de habersele consultado a este respecto, habría rehusado su apoyo a la candidatura de Kissinger al Premio Nobel; pero el negar sus esfuerzos para el mejoramiento de las condiciones de seguridad en el mundo, incluyendo la de Vietnam, es inexacto y no promueve la paz. El profesor Boulding, un experto que no tiene tendencias hacia la derecha, se permitió mofarse en público de aquellos pacifistas que hablan de «todo o nada» y que se oponen a un avance en etapas hacia una mayor seguridad<sup>10</sup> cuando la referencia es ciertamente a etapas que realmente promuevan la paz.

#### 4. EL MEDIO ORIENTE

En su libro, lleno de elogios a Kissinger, se refieren a él los corresponsales diplomáticos Marvin y Bernard Kalb<sup>11</sup>, como aquél que logró eliminar la oposición del Pentágono a otorgar ayuda militar a Israel, antes y durante la guerra de octubre. Esta oposición se reflejó en la posición del ministro de Defensa J. Schlesinger y el vicesecretario V. Clements, este último ligado a la industria petrolera americana. Los escritores acreditan a Kissinger gran parte de la campaña del tren aéreo y asimismo la anulación de la decisión de la Unión Soviética de intervenir directamente en favor de los árabes en la guerra de octubre, en apariencia los dos pasos que salvaron a Israel de una derrota. Una posición completamente opuesta encontramos en los escritos de Schulz y los profesores W. Laqueur y A. Luttwak («Commentary» y «Maariv»), quienes piensan que Kissinger engañó al embajador israelí S. Dinitz, obstruyó la movilización de las instituciones judías y de los simpatizantes de Israel en los Estados Unidos para apresurar la ayuda y les obligó a aceptar su «diplomacia silenciosa», la cual se llevó a efecto en los niveles más altos para la obtención de un acuerdo contrario a los intereses israelíes, y auspiciado por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Laqueur y Luttwak vuelven a la teoría de Schulz, que Kissinger se opuso al Pentágono, el cual apoyaba, aparentemente, desde el principio de la guerra, la movilización de un tren aéreo como ayuda para Israel. Ellos dicen que cuando Kis-

<sup>10</sup> *Bulletin of Peace Proposals* núm. 1/1974, p. 63, y núm. 2/1974, p. 191.

<sup>11</sup> M. y B. KALB: *Kissinger*, N. Y., 1974.

singer dio su acuerdo, exigió que el tren aéreo estuviera compuesto de aviones alquilados, que llegarían hasta una de las islas Azores, y El-Al (la empresa aérea israelí) los transportaría desde otra isla, esto para detener el aprovisionamiento y ocultar ante los rusos y árabes que Estados Unidos estaba ayudando a Israel. Schulz, Laqueur y Luttwak sostienen que Kissinger expresó incluso su temor de que Portugal se opusiera ya entonces al uso de las islas Azores, y que solamente gracias a la intervención personal del presidente Nixon —con quien la señora Meir se entrevistó—, el plan de Schlesinger se llevó a cabo. De este modo —dicen—, Israel sufrió pérdidas innecesarias y estuvo en peligro de una destrucción total, salvándose sólo en el último momento; Estados Unidos no ganó por ello ni un mayor entendimiento con la Unión Soviética, como tampoco la rebaja de los precios del petróleo o la eliminación de la amenaza de un nuevo boicot árabe, que podría destruir la alianza occidental.

Es muy dudoso que la alianza occidental llegue a desmembrarse, a pesar de las grietas que se descubrieron en ella a raíz del debilitamiento de Europa Occidental y Japón durante la crisis de la energía. Esta debilidad contradice la prognosis de Laqueur y otros, de que surgieron dos nuevas superpotencias. Hoy día es evidente que éstas ni siquiera constituyen potencias económicas, ya que son altamente dependientes de fuentes de energía extranjeras.

Carente de base parece ser también la tesis de Laqueur de que estamos a punto de una conflagración mundial, que no será menor que la de la Segunda Guerra Mundial<sup>12</sup>. Esta tesis fue refutada oficialmente no sólo en Vladivostok, sino también más tarde, cuando la Unión Soviética aceptó de hecho que Kissinger siguiera interviniendo en los asuntos del Medio Oriente, después de la reacción de Israel a la tensión creada por Siria, antes de que ésta aceptara la prolongación del mandato de las fuerzas de la ONU en el Golán, y de la aclaración de que no negociaría con los terroristas mientras aquéllos amenazaran con destruirla. Lo anterior no significa que los comentaristas opinen que la intención de Kissinger era la de perjudicar a Israel. Estas sospechas fueron refutadas tanto por Golda Meir, la ex primer ministro, como por Isaac Rabin, quien le sucedió en el puesto, en 1974. Tal vez se pueda concluir en resumidas cuentas, que Kissinger se oponía a la política israelí, que tuvo gran parte que ver con el inicio de la guerra de octubre y pensó por ello que por un lado debía evitarse un triunfo completo de Israel, el cual agudizaría el conflicto,

<sup>12</sup> Z. LAQUEUR: «The Gathering Storm», *Commentary*, agosto 1974, p. 23.

pero por otro lado no había que debilitar su seguridad. Esta posición fue confirmada durante la visita del primer ministro de Israel en Estados Unidos, en enero de 1976. Los comentarios y las pronósticos mencionadas se refieren naturalmente no sólo contra Kissinger, sino principalmente contra la nueva línea de la política exterior americana, que como se dijo anteriormente, se divisaba ya en los días de Kennedy y de Johnson, y especialmente durante el gobierno de Nixon y su primer secretario de Estado, William Rogers. La tendencia de esta línea es la de auspiciar la coexistencia pacífica de las dos potencias. Ciertamente es también que existen elementos extremistas, «halcones», tanto americanos como de otros países, quienes dudan que sea posible fortalecer la seguridad internacional y que se pueda contar con la cooperación de la Unión Soviética. Por ello prefieren estos elementos logros geopolíticos y una política desde una posición de fuerza, a cualquier acuerdo, especialmente a acuerdos temporales, endebles y susceptibles a numerosos riesgos.

Por lo que se refiere a los objetivos soviéticos, especialmente en la Guerra de Yom Kippur, últimamente fue publicada la investigación de la doctora Golan, de la Universidad Hebrea («Survival»), la cual refuta la opinión de que durante la Guerra de Yom Kippur la Unión Soviética quiso abandonar la política de la distensión y que Israel fuese derrotada. Esta investigación refuerza la idea de que si Israel llegara a ser destruida, las esperanzas soviéticas de mantener su influencia en el Medio Oriente quedarían frustradas, al igual que la influencia americana en la región. En este sentido pueden interpretarse las palabras de Gromyko en la Sesión de la Asamblea General de la ONU en septiembre de 1974, así como la declaración de Brezhnev al recibir al líder húngaro Kadar en el Kremlin, en ese mismo mes. Estas dos expresiones son una clara prueba del interés de la Unión Soviética, tanto en una coexistencia con los Estados Unidos como en la existencia de Israel, aunque esta última sea en condiciones en la creación de las cuales la misma Unión Soviética haya tenido parte, condiciones que no menoscaben los intereses vitales soviéticos.

También en los libros recién publicados del doctor M. Izhar de la Universidad de Haifa *Los Estados Unidos y el Medio Oriente*, y del doctor A. Yodfat, del Instituto Shiloah de la Universidad de Tel Aviv *La Unión Soviética y el Medio Oriente*, encontramos apoyo a las conclusiones de la doctora Golan. Los últimos artículos del doctor Izhar («International Problems» y «Birth») presentan una explicación del porqué ningún gobierno americano (incluyendo al que actualmente

## ¿SE ACERCA LA DISTENSIÓN A SU FIN?

pertenece Kissinger) puede permitirse abandonar a Israel a su suerte. De estas investigaciones, así como de las dos de los científicos y comentaristas americanos se concluye que no sólo la Unión Soviética, sino también Estados Unidos—cualquiera que sea su administración—presentarán oposición a la realización de las aspiraciones de los halcones israelíes. Los más prestigiosos intelectuales y políticos americanos opinan que las ideas de los halcones contradicen no sólo la política americana sino también las aspiraciones de la mayoría de la población de Israel, la cual desea encaminarse hacia la paz<sup>13</sup>.

Quienes apoyan la política de Kissinger creen en la posibilidad de promover las pláticas en el Medio Oriente y justamente al tiempo que se fortalece la posición común de las potencias<sup>14</sup>. Por otro lado, aquellos comentaristas que toman una posición similar a la de Schulz y que critican a Kissinger por los acuerdos de separación de fuerzas y por las posiciones que presentó durante su última visita en el Medio Oriente sostienen precisamente lo contrario: que Kissinger hace promesas diferentes a Egipto, a Siria, a Arabia Saudí y a Jordania, y mañana seguramente prometerá también algo a los palestinos, y naturalmente no dejará de proponer garantías a Israel, todo esto para conseguir una calma temporal únicamente, sin relacionarse con seriedad a sus promesas y ocultando a una parte lo dicho a la otra. Esta política, dicen, no puede conducir a la paz, ni en el Medio Oriente, ni en el resto del mundo, y fortalece la posición siria—apoyada por la Unión Soviética—, la cual logró acercarse a Jordania y aumentar su influencia en Líbano.

### 5. ¿ACASO NO HAY OPOSICIÓN A LA DISTENSIÓN EN LA UNIÓN SOVIÉTICA, Y NO ACTÚAN A SU FAVOR LOS CAMBIOS EN LA POLÍTICA DE LAS DOS SUPERPOTENCIAS Y DE OTROS PAÍSES?

Ciertamente es difícil saber qué sucede con exactitud en los marcos partidarios y gubernamentales supremos en la Unión Soviética, incluyendo los asuntos de la política mundial. Sin embargo, basta con hojear las publicaciones oficiales para darse cuenta que también allí se critica a la distensión y a las decisiones de Helsinki; se critica igualmente la reducción de los presupuestos militares; la ayuda insufi-

<sup>13</sup> W. E. GRIFFITH: «The Fourth Middle East War, The Energy Crisis and US Policy», *Orbis*, 1974, pp. 1186 y ff.

<sup>14</sup> R. W. HOWE: «Momentum in the Middle East: can this be Peace?», *The Progressive*, julio de 1974, p. 32.

ciente a los comunistas en Portugal y en otros lugares; el «giro histórico» del partido italiano; las tendencias similares en Francia, y sin embargo se elogia lo acertado de la línea del partido comunista en Estados Unidos, la cual sostiene que la paz y la justicia serán alcanzables en la medida en que se destruya el imperialismo por la fuerza, y que por ello es necesario aprovechar todas las debilidades del occidente, profundizarlas y alentar las guerras de liberación nacional y la lucha de clases en todo el mundo. La verdad es que no se ha logrado definir, ni es posible hacerlo, el significado de la distensión, ni en el mundo occidental ni en el comunista.

Es casi seguro que en el estrecho sentido de la palabra distensión significa solamente el intento de evitar una guerra nuclear entre las dos superpotencias, y en el amplio sentido de la palabra —y susceptible a cambios— la referencia es a la búsqueda tanto de una competencia entre ambas y entre sus respectivos aliados en condiciones de paz, como de la reducción de confrontaciones militares locales, especialmente aquellas que pueden propagarse.

Ambas partes se negaron a renunciar a la acumulación de fuerza disuasiva y defensiva, y es de suponerse que pasará mucho tiempo, si es que llega a suceder, antes de que la Unión Soviética pueda conseguir superioridad absoluta sobre Estados Unidos. Las dificultades para la consecución del Tratado de SALT II y una mayor seguridad en Europa persisten no sólo en la posición de los soviéticos, sino también en la de los americanos y tal vez aún más en los europeos, quienes no están dispuestos a renunciar a las condiciones de seguridad con las que cuentan actualmente<sup>15</sup>. Es claro también que la tecnología americana y la europea-occidental avanzan en forma más acelerada que la de los soviéticos, de ahí no sólo los temores, sino también el interés de estos últimos en la distensión. Es posible que la desintegración de la distensión influya para mal en la situación de Europa Occidental y la de Europa Oriental por igual. Un empeoramiento en la situación de Europa Occidental significaría la reducción del abastecimiento necesario para la Unión Soviética y sus estados satélites, y tal vez la intensificación de la oposición entre ellos. Es más fácil, pues, entrar en pláticas con el occidente unificado, sobre la distensión, que con cada uno de sus componentes por separado. La distensión defiende también a la Unión Soviética de posibles agresiones en su frente con China y desde luego las potencias tienen gran interés en mantener su superioridad nuclear y evitar cualquier crisis, por parte de los nuevos

<sup>15</sup> R. ROSECRANCE: «Detente or Entente?», *Foreign Affairs* núm. 3/1975, p. 469.

países nucleares, o nucleares en potencia. Tal posibilidad aumentaría aún más si la *détente* llegara a concluir. Asimismo podrá intensificarse el peligro de acciones militares y políticas aventuradas en diferentes lugares, cuando las ventajas de la Unión Soviética al participar en la política mundial al lado de Estados Unidos, son bastante claras. De todas formas siempre que en su seno no triunfe el ideologismo por sobre el pragmatismo, continuará la precaución y la sospecha de toda complicación multidimensional. La Unión Soviética tampoco puede estar interesada en apoyar la elevación de los precios del petróleo a largo plazo, elevación que perjudica a todos los países socialistas y a ella misma, cuando se han multiplicado sus necesidades de abastecimiento y de importación de petróleo de Medio Oriente. Será por tanto demasiada simpleza aseverar que el interés de la Unión Soviética en la distensión está relacionado sólo a factores económicos.

De hecho la oposición a la distensión y la aceptación a que persista caracterizan a diferentes clases en ambas potencias y fuera de ellas, siendo que los intereses pueden inclinar la balanza hacia su prolongación y no hacia su fin. De aquí la justificación a las analogías históricas en este tema y la obtención de conclusiones de ellas, especialmente respecto a lo razonable de las pláticas entre las potencias; éstas son posibles, aunque la situación en la arena internacional hoy día sea mucho más complicada, y aunque los problemas cuya solución requiere un esfuerzo prolongado y difícil se multipliquen, y ninguna plática—en el contexto de la distensión y su fortalecimiento—pueda ayudar a su solución. Tales problemas, de índole económica, social, humanitaria, monetaria, etc., van ligados con la brecha existente entre el mundo industrializado y el no desarrollado, con el hambre que predomina en su mayor parte; con la planificación del uso de los recursos naturales que se están reduciendo; con la desocupación y la inflación; con la degeneración del medio ambiente humano; con la seria discusión sobre las cuestiones globales y desde luego respecto a la necesidad de proteger al mundo de una catástrofe nuclear y de los peligros de una carrera ilimitada de armamento estratégico. Un acercamiento mayor, incluso un *rapprochement* verdadero entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no resolverá tales y otras cuestiones, pero facilitará los esfuerzos encaminados en dirección correcta, de los cuales podrán responder todos los componentes de la sociedad mundial de nuestros días. En el pasado, el hecho de que grandes potencias y sus líderes confiaran sólo en pactos—una contra la otra—fue el que propició las dos guerras mundiales con todo su sufrimiento, pérdidas de

vidas humanas y de propiedad de todas ellas. Cuando prefirieron las conversaciones se prolongó la estabilidad, pero a veces sólo en forma relativa, y a menudo se encontraron en una competencia salvaje, aunque sin confrontaciones, la cual, en ausencia de pláticas, produjo el término de la posición y el hecho mismo de la existencia de factores que eran considerados como gigantes en el pasado. Toda polarización en partes contrarias combatientes creó en el pasado únicamente mayores complicaciones y calamidades<sup>16</sup>. Cuando el proceso de descolonización llega hoy día a su término, cuando aumentan las probabilidades de un compromiso o las de imponer la paz entre los halcones, en las guerras locales inflexibles, cuando nuestra vida continúa ensombrecida por el peligro nuclear, la distensión, construida de la misma forma que la entente entre las potencias, puede ser un factor por medio del cual se pueda encaminar a la historia con menos trastornos y pérdidas, y dejarle la decisión sobre cuál es el régimen que vencerá finalmente, si es que no continúa el pluralismo en todos los aspectos. Naturalmente es difícil prever si los factores objetivos y subjetivos que impelen en este sentido asegurarán el avance y ampliación de la distensión, y desde luego no se puede desechar la posibilidad de su desintegración, provocada por factores irracionales, consideraciones erróneas y eventos circunstanciales que pondrán en peligro la misma existencia del género humano.

## 6. LÍNEAS CONCLUSIVAS

Es difícil negar que Kissinger logró simbolizar el esfuerzo que se requiere antes que nada por parte de las potencias, de actuar en dirección correcta, lo cual, como ya se dijo, empezó a cobrar forma muchos años antes de su actuación en el fórum internacional. El giro se produjo principalmente a resultas de la empresa a la que se lanzó Krushev en Cuba y su retiro, y a los pasos que dio J. Kennedy hacia la coexistencia pacífica. Es asimismo difícil negar que, apegado a la política que adoptó, y empeñado en estudiar la experiencia y actitud de otros, y de mejorar su conceptualización, descuidó Kissinger del todo, aquéllo que aprendió de Maquiavelo. Pero no debemos olvidar que Maquiavelo no sólo estudió los medios engañosos en el arte de gobernar y de la política, sino que fue también un hombre del Renacimiento, que creía en ideas humanistas de su tiempo, en el recono-

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 487 *passim*.

cimiento del derecho de los pueblos a la libertad y a la necesidad de vivir en paz. Ciertamente es que Kissinger aprendió primeramente de Metternich, Castlereagh y Bismark, cuyas concepciones imperialistas hace tiempo perdieron vigencia, aunque no así su conclusión, producto de su experiencia, de que para evitar la guerra se debe tomar el camino de la discusión, impedir los conflictos entre las potencias y estabilizar sus relaciones, conclusión que tampoco es anticuada en la era nuclear.

De la misma manera se mantiene vigente el dicho de Metternich, que Kissinger cita a menudo: «Todos quieren algo pero no saben cómo conseguirlo. Yo sé, no sólo lo que quiero, sino también lo que otros pueden hacer».

Kissinger cree que ni la Unión Soviética, y desde luego tampoco China, tienen interés en una confrontación militar con los Estados Unidos, ya que no tendrían grandes posibilidades de salir triunfantes. China incluso confía en recibir —si no cambia su política antisoviética al retirarse Mao— el apoyo de Estados Unidos en el conflicto con su vecino socialista, el cual aspira, en su manera de ver, a dominarla, y de esa forma llegar a una hegemonía en el mundo. Sin embargo, Kissinger sabe que ambos contrincantes, y en especial los soviéticos, podrían causar serios problemas, si su prestigio se viera dañado, y aún más sus influencias e intereses vitales. Por lo tanto Kissinger considera que se debe encontrar una base amplia de cooperación con los dos países para moderar su extremismo, y que hay que tomar en cuenta que la ideología revolucionaria aún desempeña un papel importante en el comportamiento de China y en el léxico soviético, en la determinación de la situación en todas las zonas inestables donde tiene ya influencia, especialmente en el Medio Oriente. En esta zona tiene intereses primordiales y hasta hace no mucho parecía que llegó a tener influencia exclusiva. Kissinger cree asimismo que es imposible promover la estabilidad en la región sin satisfacer realmente a los árabes, después de que perdieron tres guerras y de que estuvieron a punto de ser derrotados en la cuarta; entonces consiguieron un triunfo político para sus necesidades domésticas y desde el punto de vista de su posición ante Europa y Japón y otros países y organizaciones internacionales. Kissinger incluso comienza a creer que hay que encontrar solución al problema palestino, y los comentarios fuera de lugar y *lapsus* de sus ayudantes, del Comandante en Jefe del Ejército y aún del mismo Presidente americano, anuncian creciente presión sobre Israel para que considere este problema con toda seriedad y le encuentre solución, de la cual quede en claro que ni Estados Unidos

ni Israel se desentienden del derecho de autodefinición de los palestinos. Kissinger no es un utopista al estilo de la izquierda romántica, la derecha extremista e irracional o el centro liberal, que se dan en los círculos académicos de los Estados Unidos, y no espera llegar a la justicia y a la paz a través de la derrota del «monstruo imperialista», o de bombardeos o amenazas de bombardeos sobre el enemigo comunista, o en base a la acción de las organizaciones internacionales únicamente. La suposición básica de Kissinger es que se debe establecer una fuerza que sea suficiente para objetivos de defensa, de disuasión y, de ser necesario, también para un enfrentamiento; y paralelamente dirigir una ofensiva audaz hacia la paz, comenzando por acuerdos para finalizar con aquellos riesgos y pasos que no se sabe lo que acarrearían consigo. Esa es la única alternativa a un terrible derramamiento de sangre o al suicidio. ¿Y quién, que esté cuerdo, desea esto último?

Kissinger construye su política en base a la intensificación de la toma de conciencia sobre el provecho que traería la paz a cada una de las partes, y verificando el precio que cada una de ellas estaría dispuesta a pagar para evitar pasos peligrosos para sí y para los otros participantes en el juego político regional, el de ambos bloques y el mundial.

Contrariamente a los utopistas supone Kissinger que conflictos internacionales y falta de seguridad son parte inseparable de este juego, especialmente en nuestros días, de la misma forma que la muerte está relacionada a la existencia del hombre. Su posición a este respecto es especialmente pesimista. Si hay en él algo de optimista es sólo en lo que toca a las experiencias y a la esperanza de que cada paso—por más vacilante que sea—en dirección a la calma y la estabilidad limita ahora, y puede que limite más aún en el futuro, los peligros de la falta de seguridad. Una seguridad absoluta por parte de uno de los lados—recita y repite Kissinger hasta el aburrimiento—se expresa sólo en la derrota absoluta del lado contrario, y en las condiciones actuales ello significa una catástrofe total. Conforme lo certifica la historia, impone la diosa de la venganza Némesis una condena brutal a aquéllos que desean «todo o nada» (ya sea que se trate de gigantes o de enanos, autoconvencidos de que si se empeñan en sus derechos históricos, en sus creencias místicas, en tomar la justicia en sus manos, y en la esperanza de que milagros y aquéllos que son mayores que ellos les ayuden, aparentemente en base a sus intereses, podrán conservar su posición e incluso vencer al enemigo). La única posibilidad de evitar tal condena es negociar directamente o al menos

indirectamente, en forma tolerante y flexible, aunque con una táctica atrevida que no puede estar completamente libre de graves riesgos.

La declaración de estado de emergencia en el ejército americano frente a la amenaza soviética de intervenir directamente en la Guerra de Yom Kippur probó la valentía, poco común, en la materialización de tales suposiciones, aunque no hay que descartar el hecho de que ambas potencias dirigieron sus pasos más hacia sus respectivos clientes, que hacia sí mismos. Los viajes a Pekín, Moscú, Jerusalén, El Cairo y Damasco, a Bonn y a París, a Madrid, a Londres, a Bruselas, a Sudáfrica y a Africa, indican un gran esfuerzo no sólo para llamar a la razón y a la tolerancia, y a la movilización física y diplomática antes de que sea demasiado tarde, sino también para hacer uso de métodos poco comunes y un tanto maquiavélicos, los cuales demuestran la flexibilidad calculada, que se vale del potencial de la fuerza militar y la potencia económica que le respaldan, no para llegar a la seguridad total, en sí inalcanzable, sino para avanzar continuamente hacia el objetivo. Este movimiento no eliminará todos los peligros, pero puede reducirlos y aumentar las posibilidades de una mayor estabilidad.

H. Verführer («Aussenpolitik», 4/1973), al sostener que la tendencia hacia la estabilidad y el uso de un balance de fuerzas para promoverla son los pilares de la teoría de Kissinger y su práctica estatal, estaba efectivamente en lo cierto; pero erró al pensar que éstos son inseparables de la suposición de que debe asegurarse el orden mundial existente no sólo para gobernar por la fuerza, para mantener tal orden, sino también para amenazarlo. Lo contrario es lo cierto. La política de Kissinger refleja el «autorrefrenamiento» de los Estados Unidos en el «fórum» internacional, tal como comenzara con el gobierno de Kennedy; refrenamiento y un «bajo perfil», sin renunciar a la fuerza, no para hacer uso de ella, sino para negociar y «legitimar» los acuerdos aceptados por las partes, aunque esto no quiere decir que la negociación sea justa. De aquí la aceptación de los Estados Unidos de compartir con la Unión Soviética la influencia en muchos lugares, en los cuales dominaban Norteamérica o sus aliados con anterioridad, y de aquí también su renuncia al papel de «policía mundial», su satisfacción con el mero balance de fuerzas para detener al enemigo, y sus esfuerzos para limitar la carrera de armas estratégicas; todo esto, no debido a un sentimiento de debilidad, sino a sabiendas de la tragedia que puede provenir de una confrontación atómica y del provecho que se obtendrá de la mutua cooperación, en los aspectos político y económico.

Es por lo anterior que Kissinger no acepta la definición de la política como el arte de realizar lo posible con la fuerza del dominio del poder, o con la creencia en ese dominio. Kissinger niega, no la importancia de la fuerza en nuestros días, sino los papeles que le designan los extremistas de la escuela de J. Foster Dulles o de Stalin. Según las experiencias de Metternich y otros de las mismas ideas, se contenta Kissinger con el balance de fuerzas y renuncia a la superioridad que acompaña objetivos de agresión, sean abiertos u ocultos. En la era de la bomba atómica prefiere ver la política como el arte de verificar la posibilidad de dar soluciones temporarias e inestables, a la búsqueda de soluciones más estables. Ello no significa que Kissinger represente la política de la inestabilidad, que sea un pacifista empedernido o un demócrata incorrupto; esto lo demuestra su intervención en los intentos de salvar a Nixon y en el derrocamiento del régimen de Allende. Sus intentos de organizar al occidente para actuar en forma conjunta contra la arrogancia de los productores de petróleo árabe—sin renunciar al intercambio de besos con ellos—, para vigorizar a la OTAN y especialmente su organización europea occidental; y su declaración abierta de que estos pasos tienen la intención de intimidar al agresor potencial que mantiene un ejército enorme en la frontera con Alemania Occidental y que espera expandir su dominio al Golfo Pérsico y al Mar Indico, no dejan lugar a dudas a quién se refería y contra quién demanda la unificación de las filas; ello quedó claro ya en los días del estado de emergencia en los ejércitos americanos y del tren aéreo a Israel, en octubre de 1973. La declaración de Kissinger de que Estados Unidos no permitirá que le sea dictada su política en el Medio Oriente o en otros lugares, con ayuda del boicot del petróleo, es demasiado clara y fue entendida también en los países árabes. Tampoco se puede negar la importancia de la declaración de que no habría nuevamente otra Angola.

Posiblemente quedaron en Kissinger algunos sentimientos de intelectual, pero él es ante todo un político americano agudo que no se permite menospreciar la influencia del voto judío en las elecciones en Estados Unidos. A pesar de esto, cuando se trata de discrepancias entre Estados Unidos e Israel hay que recordar que éstas son diferencias de actitudes y concepciones únicamente. Kissinger niega, no sólo aquellas concepciones que dieron origen a la guerra de octubre y a todos los errores cometidos en ella, sino también las concepciones carentes de racionalismo y realismo en las relaciones internacionales, incluyendo aquellas de los halcones israelíes.

Tuve la oportunidad de participar en un seminario auspiciado por el Ministerio de Relaciones Exteriores americano en el año 1968, antes de que alguien se imaginara que Kissinger lo encabezaría alguna vez. Ya desde entonces se dijo claramente que Estados Unidos no apoyaría la idea de la ampliación de las fronteras de Israel, aunque sí daría su apoyo a aquellas correcciones territoriales necesarias para que se establecieran fronteras seguras y acordadas por todas las partes, en base a las decisiones 242 y 338 del Consejo de Seguridad. Por ello no es de suponerse que Estados Unidos desamparará a Israel de llegar a peligrar su existencia. Es indudable que el «Programa Rogers» era el programa de Nixon; Kissinger no se desvió demasiado de él, y es de suponerse que Ford o su sucesor tampoco se apartarán de él. Esto y más: Nixon, el político anticomunista por excelencia, quien no sólo una vez advirtiera que había que dar a la Unión Soviética el primer golpe antes de que fuese demasiado tarde—aunque posteriormente fortaleciera las tendencias que se daban ya en los días de Kennedy y Johnson—, es quien instruyó a Kissinger y le aclaró que el contexto de las relaciones de Estados Unidos-Unión Soviética está basado en la competencia y la oposición de posiciones e intereses; y a pesar de ello también lo está en el saber coexistir, y por ello se debe permitir que la Unión Soviética participe en las decisiones respecto a las áreas en las cuales la presencia de ambas potencias es un hecho.

Kissinger cree que no se debe por ningún motivo quebrantar las concepciones que son contrarias a su manera de ver las cosas, es decir, aquellas que sostienen que es posible llegar a la paz en el Medio Oriente y materializar los derechos de los palestinos a costa del desamparo de Israel y tampoco aquellas que sostienen que territorios dan seguridad también en la era de los cohetes y que grupos que no llegaron a consolidarse anteriormente como pueblos no tienen derecho a existir como estados independientes. Según su opinión, el uso de la fuerza contra estas concepciones y grupos sólo los fortalecerá aún más, de manera que se les debe tratar pacientemente; anular poco a poco los factores emocionales que existen en ellos, intensificar el racionalismo y realismo de aquellos que los representan e incluso tratar de comprarlos. Este es el método de su política, pero se puede también aprender más sobre él en sus escritos anteriores a su contacto con gobierno. Cuando llegó a él no renunció jamás a su determinación y moldeó los instrumentos necesarios para probarla. Sin embargo, es un diplomático increíblemente flexible. Sabe utilizar tanto los guantes de seda como los puños para amenazar.

Quien hojea su doctorado, en su ensayo sobre Bismarck <sup>17</sup>, o en un artículo donde están incluidos capítulos de otras de sus publicaciones <sup>18</sup>, concluye que Kissinger es un político que tiene una línea independiente; que es un diplomático a quien las decepciones no le desesperan; que no se fatiga ni se rinde si es que le queda una posibilidad, por pequeña que sea, de llevar su política a la práctica; que sabe atacar vigorosamente a aquellos que desean realizar de inmediato sus propósitos y se oponen a toda etapa intermedia. Su actividad no se hace depender de su concepción esencialmente pesimista, según la cual los pueblos aprenden de su amarga experiencia sólo en pocas ocasiones. Según su opinión un político no debe obtener conclusiones después del hecho y sólo entonces tratar de componerlo. Kissinger demanda de los diplomáticos no que aprendan de la experiencia del pasado, sino que consideren las probabilidades y que no pierdan ninguna ocasión y oportunidad de llegar a las pláticas. Incluso pláticas insubstanciales, temporales y peligrosas son preferibles, a su parecer, a la falta de comunicación y derramamiento de sangre, especialmente en esta era nuclear; por ello es Kissinger fundamentalmente un diplomático-mediador como corresponde al político de la segunda mitad del siglo xx <sup>19</sup>, aunque sea ministro del Exterior de una potencia que tiene intereses mundiales y que es la más fuerte del universo.

Como no cabía lugar para exagerar en la apreciación del acuerdo de Vietnam, tampoco se justifica hacerlo respecto a los acuerdos de separación de fuerzas en el Medio Oriente, el acuerdo en Chipre, y antes que nada el giro histórico que supuestamente implica el *détente*; pero no se debe menospreciar su importancia; de hecho significan un paso más hacia la oportunidad de conseguir acuerdos más estables que conducirán hacia la creación de un sistema mundial más seguro y reconocido, cuyas condiciones objetivas están casi a punto, si es que se las aprovecha a su tiempo. Por ello es que Kissinger dedica a esto su pensamiento y sus actos.

Se puede discutir en contra de muchas de las teorías de Kissinger, preferir a ellas la Guerra Fría y el estancamiento, confiar en que podamos conseguir la seguridad con ayuda de la fuerza y la realización de doctrinas geopolíticas únicamente. Pero sería un grave error desentenderse de sus teorías o contraponerles argumentos demagógicos

<sup>17</sup> *The White Revolutionary: Reflections on Bismarck*, Dedalus, 97/1968.

<sup>18</sup> «Domestic Structures and Foreign Policy», *Dedalus*, 95/1968.

<sup>19</sup> M. ROSKIN y D. O. A. WOLF: «H. A. Kissinger - Versuch eines Porträtes», *Politik und Zeitgeschichte*, B 044 23/19 79.

o ejercicios futurísticos de historiadores que prevén una nueva guerra mundial, especialmente cuando políticos, investigadores y comentaristas serios en el mundo, incluyendo en los países árabes y en Israel, concuerdan con estas teorías y posiciones y comprenden que aun cuando Kissinger sea sustituido no habrá ningún cambio extremista en la política de la cual él es uno de los representantes y arquitectos, y que no tiene sustituto. La alternativa a los intentos de negociación es sólo la catástrofe, ya sea en dimensiones reducidas o terminantes. En los esfuerzos de la nueva diplomacia por evitar tal catástrofe, escribió Kissinger sobre la crisis de Cuba en *Reporter*: «no basta con la consideración de sentimientos y de hechos. Para ello es necesario tener visión, contar con la previsión de las necesidades del futuro, es decir, la necesidad del hombre de vivir en paz, aun cuando la paz sea lograda no a través de la negociación tal y como era reconocida en el pasado, y no a través de pactos como aquellos sobre los cuales leímos en los libros de texto de la historia de los pueblos y del Derecho internacional». A propósito, ¿quién puede señalar convenios de paz que duraron eternamente?

Haremos hincapié además en que tampoco, según la versión de Kissinger, debe Israel sola pagar el precio del movimiento hacia las conversaciones y salir de todas sus propiedades actuales sin algo a cambio por parte de los árabes, sin la desmilitarización de los territorios que sean devueltos, sin el fortalecimiento que le permita una defensa eficaz en caso de ser atacada, sin garantías reales de las potencias y sin la seguridad de recibir los medios para cuidar de su seguridad.

No hay duda de que una política israelí como la mencionada recibirá el apoyo no sólo de Ford, Kissinger y otros políticos en Estados Unidos y fuera de ellos, sino también de quienes les sucedan, y no sólo debido al peso del voto judío en Estados Unidos, sino antes que nada por sus propios intereses, esto último casi seguramente a pesar de las muestras de fortalecimiento de las tendencias aislacionistas en el Congreso y de la multiplicación de dificultades económicas. Uno de estos intereses es en la estabilidad en las relaciones internacionales, y la suposición de que también la Unión Soviética y Egipto darán su apoyo a ésta, llevó a Estados Unidos a consentir hace algún tiempo en la apertura del Canal de Suez—aunque ello concordara antes que nada con los intereses soviéticos—; en la ayuda económica y cooperación tecnológica, e incluso en el abastecimiento militar en algunos lugares, en base a sus acuerdos con la Unión Soviética, Egip-

to, Siria y anteriormente incluso con Vietnam del Norte. Con este fin emprendió Estados Unidos las pláticas con China, la cual también se deja llevar cada vez más por la corriente del pragmatismo, a pesar de todos sus conflictos internos, los viejos y los nuevos. De esta manera se ha creado una especie de triángulo de lo más extraño: que haya estabilidad, o iremos del lado de China, si es que la Unión Soviética atenta contra la estabilidad, o iremos del lado de la Unión Soviética si es China la que atenta contra ella.

Cierto es que Kissinger no ocupará su puesto eternamente, pero si cae próximamente no será por su actuación en el Cercano Oriente o antes de ello en Vietnam, sino, como dijo quien fuera director del Instituto de Estudios Estratégicos, profesor A. Buchan<sup>20</sup>, debido a que no tiene la suficiente paciencia de realizar en forma constante y coherente su teoría. Contrariamente a sus ideas, especialmente las que expresó en su libro *La sociedad peligrosa*, se olvida a veces de la aspiración a la reestructuración de la alianza americano-europea para el esclarecimiento y la coordinación, y actúa como sus antecesoros que exigían privilegios y una posición preferente inapelable como potencia, dentro de esta alianza, obstinándose en su derecho a tomar decisiones a su juicio, especialmente durante períodos de crisis. Contrariamente a su programa para la solución de la crisis de la energía se rindió a la posición conciliadora, especialmente la de Francia, y aceptó también de hecho gran número de demandas carentes de base de los árabes. En oposición a su teoría de la «legitimidad de las pláticas» entre las partes principales del drama de Medio Oriente, Egipto e Israel, los cuales necesitan la paz como aire para respirar, tiende a aceptar el retorno a una situación intermedia, sin acuerdo claro alguno, debido a la presión ejercida por factores extremistas sobre Egipto. Tampoco actuó con suficiente vigor para terminar con el frenesí de Siria, al parecer por temor a herir a la Unión Soviética. En sus corridas por el mundo descuidó la diplomacia convencional, y sin esa diplomacia, sin los antecedentes que ella prepara, destroza a veces las más artísticas improvisaciones en las que él es tan experto.

La conferencia cumbre en Vladivostok, el Congreso en Helsinki, así como las etapas de la discusión sobre los asuntos de SALT han demostrado, por lo menos hasta ahora, que Kissinger estaba en lo cierto al considerar el *détente* como la primera de las prioridades políticas de los soviéticos. El se valió de ello para encaminar la segunda etapa,

<sup>20</sup> A. BUCHAN: «The Irony of Kissinger», *International Affairs*, julio de 1974.

la sustancial, de SALT, de la cual dependen el reforzamiento de la coexistencia pacífica y la limitación de la carrera de armamentos estratégicos, es decir, los objetivos principales de su teoría y práctica política.

Tanto en la teoría como en la práctica de Kissinger desempeña el Medio Oriente un papel importante. No se debe descartar la posibilidad de que con el tiempo pueda Kissinger amortiguar la política soviética en esta región, aunque ello no será fácil, debido al apoyo incondicional que la Unión Soviética otorga a los sirios y a Arafat. No debe desecharse la posibilidad de que se llegue a incrementar la influencia de los moderados en el mundo árabe y así adelantar las pláticas con Israel, aunque ésta es una misión aún más difícil. En un brillante análisis publicado en «International Affairs» (octubre 1974) sobre la intervención de Kissinger en la guerra de octubre, demuestra la profesora C. Bell que la declaración del estado de emergencia en el ejército americano iba dirigida más hacia los aliados en Europa y hacia los países árabes e Israel que hacia la Unión Soviética. Kissinger estaba convencido de que no se llevaría a efecto una confrontación directa americano-soviética. Pero a pesar de ello creía que debía demostrar la firme decisión de su país de mantenerse al lado de su aliado en tiempo de dificultades y esto después de que los europeos lo traicionaran, a pesar de no estar en posibilidad de actuar frente al lado contrario sin la ayuda americana. Los países árabes creían que con el embargo del petróleo podrían humillar a los Estados Unidos, y por otro lado los soviéticos trataron de obligarlos a repartir con ellos la influencia en el Medio Oriente (un semicondominio); Kissinger rechazó la propuesta de establecer cooperación militar en la región; convenció a los árabes de que Israel no será arrojada al mar; neutralizó y moderó a Israel, cuyas acciones podrían quizás haberle conseguido otro triunfo brillante; pero le hubiesen infligido por otro lado una derrota política aún más grave, aumentando su aislamiento a un punto tal que también Estados Unidos se hubiera visto obligada a abandonarla.

La discusión sobre quién fue el que causó el retraso del tren aéreo de armas a Israel y salvó a la Tercera Armada, si Kissinger o Schlesinger, no requiere mayores aclaraciones. De las conferencias del ex ministro de seguridad israelí, M. Dayan, en la Universidad de Bar Ilan en 1975, nos queda claro que fue ésta una decisión de los Estados Unidos de la presidencia y de sus elementos superiores, los cuales querían evitar ya fuera una derrota israelí o fuera egipcia,

cuando sus intereses y no sólo los suyos demandan guardar la existencia de Israel, mantener su influencia en el mundo árabe y evitar el monopolio soviético en este mundo y presencia militar soviética, incluso en sociedad con ellos.

Los resultados de las visitas de los ministros del Exterior y de Guerra egipcios en Moscú en enero de 1975 y la postergación de la visita de Brezhnev a varios países árabes a continuación, así como las decisiones del partido soviético en febrero de 1976, muestran que la evaluación de los Estados Unidos de que la Unión Soviética no renunciará al *détente* y a la cooperación política con los Estados Unidos, aun a costa de la decepción que causará a sus clientes árabes, fue correcta; no tendrá otra alternativa que la de cooperar con los Estados Unidos para promover un acuerdo en el Medio Oriente que asegure los intereses básicos de Israel y sólo las demandas más serias de los árabes; pero no todas las demandas y seguramente tampoco las esperanzas de que los Estados Unidos les permitan intentar un aislamiento total de Israel y poner en peligro su existencia; corresponde decir que tampoco los soviéticos tienen interés en la destrucción de Israel, caso en que perderían su influencia en los estados árabes, donde el anticomunismo es fuerte y la tendencia hacia Occidente considerable.

Entre estos factores se encuentra Arabia Saudita, que financia a Egipto; la está persuadiendo de romper con Libia y de limitar la presión que tratan de ejercer sobre ella los palestinos, quienes constituyen una amenaza más grave para los egipcios que para los israelíes.

En la política de la distensión y en la diferenciación creciente dentro del mundo árabe—principalmente debido a la aguda competencia entre Egipto y Siria— radican las posibilidades de llevar también al Medio Oriente hacia una mayor estabilidad y paz. Por estas posibilidades tendrán que pagar no sólo los israelíes, sino también los árabes, y aun así seguirán existiendo numerosos riesgos que dependerán no poco del aumento de la fuerza económica, social, moral y militar de Israel.

Parece ser que la política americana presionará aún más sobre Israel para que tome no pocos riesgos, pero también hará para su reforzamiento; estas son las dos caras de la moneda llamada *détente*; mantenimiento de la fuerza, no menos que el balance de fuerzas y paso tras paso promover un estado en el cual un nuevo derramamiento de sangre sea menos factible.

## ¿SE ACERCA LA DISTENSIÓN A SU FIN?

La *détente* expresa procesos históricos ligados antes que nada a la necesidad de evitar una confrontación nuclear a toda costa. Sin embargo, este no es un proceso uniforme y el camino a la consecución de sus objetivos—por mínimos que sean algunos de ellos—es influido por zigzags, retrocesos y múltiples peligros. Es la esperanza de muchos que no se derrumbe, de que para el provecho de todas las partes se encuentre la forma de ampliarle y fortalecerlo.

\* \* \*

Durante la campaña electoral declaró el presidente Ford, en marzo de 1976, que ya no haría más uso del término *détente*, pero que haría todo lo que esté a su alcance para continuar en la misma línea política que había seguido hasta entonces. Por su parte, Brezhnev declaró igualmente, en el XXV Congreso del Partido Comunista, en marzo de 1976, que seguirá actuando según sus lineamientos políticos. Parece ser que estas declaraciones demuestran que no existe otra alternativa para las dos potencias que la de buscar el camino hacia la coexistencia pacífica y la cooperación, no sólo entre ellas, sino también con otras partes del mundo, ya que la inestabilidad en ellas puede hacer peligrar lo fundamental de sus objetivos, es decir, la prevención de una conflagración global. La cuestión sobre la posibilidad de que tales limitaciones del *détente*—con todo lo que ha sucedido últimamente en Angola y se está dando no sólo en el sudeste africano, sino también en el Medio Oriente—aceleren su fin o, al contrario, lo intensifiquen, está por aclararse más pronto de lo que creían los pesimistas y los optimistas a la vez<sup>21</sup>.

MARION MUSHKAT

<sup>21</sup> Cfr. W. WAGNER: «Power and Diplomacy - two strings of détente luew», *The German Tribune* núm. 726 (14 de marzo de 1976).

